

Rey de mi reino

¡No! ¿Otra vez un ritual? ¿Invocar de nuevo a las fuerzas invisibles para que se manifiesten en el mundo visible? ¿Qué tiene eso que ver con el mundo en que vivimos ahora? Los jóvenes salen de la universidad y no consiguen empleo. Los viejos llegan a la jubilación sin tener dinero para nada. Los adultos no tienen tiempo de soñar, pasan de las ocho de la mañana a las cinco de la tarde luchando para sostener a la familia, pagar el colegio de los hijos, enfrentando aquello que todos conocemos con el nombre resumido de “dura realidad”.

El mundo nunca estuvo tan dividido como ahora: guerras religiosas, genocidios, falta de respeto por el planeta, crisis económicas, depresión, pobreza. Todos queriendo resultados inmediatos para resolver cuando menos algunos de los problemas del mundo o de su vida personal. Pero las cosas parecen más negras a medida que avanzamos hacia el futuro.

¿Y yo aquí, queriendo seguir adelante en una tradición espiritual cuyas raíces están en un pasado remoto, lejos de todos los retos del momento presente?

* * *

Al lado de J., a quien llamo mi Maestro, y aun comenzando a tener dudas al respecto, camino en dirección al roble sagrado, que ha estado ahí desde hace más de 500 años, contemplando impasible las agonías humanas; su única preocupación es entregar las hojas al invierno y recuperarlas de nuevo en la primavera.

Ya no soporto escribir sobre mi relación con J., mi guía en la Tradición. Tengo decenas de diarios repletos de anotaciones de nuestras conversaciones, que nunca releo. Desde que lo conocí en Ámsterdam, en 1982, aprendí y desaprendí a vivir un centenar de veces. Cuando J. me enseña algo nuevo, creo que tal vez sea el paso que me falta para llegar a la cima de la montaña, la nota que justifica la sinfonía entera, la letra que resume el libro. Paso por un periodo de euforia, que poco a poco va desapareciendo. Algunas cosas se quedan para siempre, pero la mayoría de los ejercicios, de las prácticas, de las enseñanzas, termina por desaparecer en un agujero negro. O, por lo menos, eso es lo que parece.

* * *

El suelo está mojado; imagino que mis tenis tan meticulosamente lavados dos días antes estarán de nuevo llenos de lodo dentro de algunos pasos, independientemente del cuidado que pueda tener. Mi búsqueda de la sabiduría, la paz espiritual y la conciencia de las realidades visibles e invisibles se transformó ya en una rutina que no da resultado. Cuando tenía 22 años comencé a dedicarme al aprendizaje de la magia; recorrí diversos caminos, anduve a la orilla del abismo durante años importantes, resbalé y caí, desistí y volví. Imaginaba que cuando llegara a los 59 años estaría cerca del paraíso y de la tranquilidad absoluta que creo ver en la sonrisa de los monjes budistas.

Por el contrario, parece que estoy más lejos que nunca. No estoy en paz; de vez en cuando entro en grandes conflictos conmi-

go mismo, que pueden durar meses. Y los momentos en que me sumerjo en la percepción de una realidad mágica duran apenas algunos segundos. Lo suficiente para saber que ese otro mundo existe, y lo bastante para dejarme frustrado por no lograr absorber todo lo que aprendo.

Llegamos.

Cuando acabe el ritual, hablaré seriamente con él. Ambos colocamos las manos en el tronco del roble sagrado.

* * *

J. dice una oración sufi:

“Oh Dios, cuando presto atención a las voces de los animales, al ruido de los árboles, al murmullo de las aguas, al gorjeo de los pájaros, al sonido del viento y al estruendo del trueno, percibo en ellos un testimonio de Tu unidad; siento que Tú eres el supremo poder, la omnisciencia, la suprema sabiduría, la suprema justicia.

”Oh Dios, Te reconozco en las pruebas que estoy pasando. Permite, oh Dios, que Tu satisfacción sea mi satisfacción. Que yo sea Tu alegría, esa alegría que un Padre siente por un hijo. Y que me acuerde de Ti con tranquilidad y determinación, aun cuando fuera difícil decir que Te amo.”

Generalmente, en este momento yo sentiría, por una fracción de segundo, pero con eso bastaba, la Presencia Única que mueve el Sol y la Tierra, y que mantiene a las estrellas en su lugar. Pero hoy no quiero conversar con el Universo; basta con que el hombre a mi lado me dé las respuestas que necesito.

* * *

Él retira las manos del tronco del roble y yo hago lo mismo. Me sonrío, y yo le sonrío a mi vez. Nos dirigimos, en silencio y sin pri-

sa, a mi casa; nos sentamos en la terraza y tomamos un café, todavía sin hablar.

Contemplo el árbol gigantesco que está al centro de mi jardín, con el listón en torno a su tronco, colocado ahí después de un sueño. Estoy en el villorrio de San Martín, en los Pirineos franceses, en una casa que ya me arrepentí de haber comprado; ella terminó por poseerme, exigiendo mi presencia siempre que fuera posible, porque necesita de alguien que la cuide para mantener viva su energía.

—Ya no puedo evolucionar —digo, cayendo como siempre en la trampa de hablar primero—. Creo que llegué a mi límite.

—Qué interesante. Yo siempre intenté descubrir mis límites, y hasta ahora no logro alcanzarlos. Pero mi universo no colabora mucho, sigue creciendo y no me ayuda a conocerlo por completo —dice J., provocándome.

Está siendo irónico. Pero yo sigo adelante.

—¿Y qué viniste a hacer aquí hoy? Tratar de convencerme de que estoy equivocado, como siempre. Di lo que quieras, pero sabe que las palabras no cambiarán nada. No estoy bien.

—Fue exactamente por eso que vine hoy. Presentí lo que estaba ocurriendo hace ya tiempo. Pero siempre existe un momento exacto para actuar —afirma J., tomando una pera de encima de la mesa y haciéndola girar en sus manos—. Si hubiésemos conversado antes, tú todavía no estarías maduro. Si conversáramos después, tú ya estarías podrido —da una mordida a la fruta, saboreando su gusto—. Perfecta. El momento correcto.

—Tengo muchas dudas. Y las mayores son mis dudas de fe —insisto.

—Excelente. La duda es lo que empuja al hombre hacia delante.

Como siempre, buenas respuestas y buenas imágenes, pero hoy no están funcionando.

—Voy a decirte lo que sientes —continúa—. Que todo lo que aprendiste no echó raíces, que eres capaz de sumergirte en el universo mágico, pero no logras quedar inmerso en él. Que tal vez todo eso no pase de ser una gran fantasía que el ser humano crea para alejar su miedo a la muerte.

Mis preguntas son más profundas: son dudas de fe. Tengo una única certeza: existe un universo paralelo, espiritual, que interfiere con este mundo en que vivimos. Fuera de eso, todo el resto, los libros sagrados, las revelaciones, las guías, los manuales, las ceremonias, todo eso me parece absurdo. Y lo que es peor, sin efectos duraderos.

—Te voy a decir lo que ya he sentido —continúa J.—. Cuando era joven, me deslumbraba con todas las cosas que la vida podía ofrecerme, pensaba que era capaz de obtener cada una de ellas. Cuando me casé, tuve que elegir un solo camino, porque necesitaba mantener a la mujer que amo y a mis hijos. A los 45 años, después de convertirme en un ejecutivo muy exitoso, vi a mis hijos crecer y salir de casa y creí que, de ahí en adelante, todo sería una repetición de lo que ya había experimentado.

”Fue ahí cuando comenzó mi búsqueda espiritual. Soy un hombre disciplinado y me dediqué a ella con toda la energía. Pasé por periodos de entusiasmo y de incredulidad hasta que llegué al momento que tú estás viviendo ahora.”

—J., a pesar de todos mis esfuerzos, no logro decir: “Estoy más cerca de Dios y de mí mismo” —digo, con cierta exasperación.

—Eso es porque, como el resto de las personas en el planeta, tú creíste que el tiempo te enseñaría a acercarte a Dios. Pero el tiempo no enseña; sólo nos trae la sensación de cansancio, de envejecimiento.

El roble ahora parecía estar mirándome. Debía tener más de cuatro siglos, y todo lo que aprendió fue a permanecer en el mismo lugar.

—¿Por qué hicimos un ritual en torno al roble? ¿En qué nos ayuda eso a convertirnos en mejores seres humanos?

—Porque las personas ya no hacen rituales alrededor de los robles. Y actuando en una forma que puede parecer absurda, tocas algo profundo en tu alma, en tu parte más antigua, la más cercana al origen de todo.

Es verdad. Le pregunté lo que sabía y recibí la respuesta que esperaba. Debo aprovechar mejor cada minuto a su lado.

—Es hora de salir de aquí —dice J., abruptamente.

Miro el reloj. Le explico que el aeropuerto está cerca, podríamos seguir conversando un poco más.

—No me refiero a eso. Cuando pasé por lo que estás viviendo, encontré la respuesta en algo que ocurrió antes de que yo naciera. Es lo que estoy sugiriendo que hagas.

¿Reencarnación? Él siempre había desalentado las visitas a mis vidas pasadas.

—Ya fui al pasado. Lo aprendí por mí mismo, antes de conocerte. Ya hablamos de eso; vi dos reencarnaciones: un escritor francés en el siglo XIX y un...

—Sí, lo sé.

—Cometí errores que no puedo remediar ahora. Y tú me dijiste que no volviera a hacer eso, pues sólo aumentaría mi culpabilidad. Viajar a vidas pasadas es como abrir un hueco en el suelo y dejar que el fuego del piso de abajo incendie el presente.

J. lanza los restos de la pera a los pájaros del jardín y me mira, irritado:

—No digas tonterías, por favor. No me hagas creer que realmente tienes razón y que no aprendiste nada durante esos 24 años que pasamos juntos.

Sí, sé de lo que habla. En la magia, y en la vida, hay sólo un momento presente, el AHORA. El tiempo no se mide como se calcula

la distancia entre dos puntos. El “tiempo” no pasa. El ser humano tiene una gigantesca dificultad para concentrarse en el presente; siempre está pensando en lo que hizo, cómo podría haberlo hecho mejor, cuáles fueron las consecuencias de sus actos, por qué no actuó como debería haber actuado. O si no se preocupa por el futuro, por lo que va a hacer mañana, qué providencias debe tomar, cuál es el peligro que le espera a la vuelta de la esquina, cómo evitar lo que no desea y cómo conseguir lo que siempre soñó.

J. retoma la conversación.

—Por lo tanto, aquí y ahora tú comienzas a preguntarte: ¿existe realmente algo equivocado? Sí, existe. Pero en este momento entiendes también que puedes cambiar tu futuro trayendo el pasado al presente. El pasado y el futuro sólo existen en nuestra memoria.

”Pero el momento presente está más allá del tiempo: es la Eternidad. Los indios usan la palabra ‘karma’ a falta de algo mejor. Pero el concepto está mal explicado: no es lo que hiciste en tu vida pasada lo que afectará el presente. Es lo que haces en el presente lo que redimirá el pasado y, lógicamente, cambiará el futuro.”

—Es decir...

Él hace una pausa, cada vez más irritado porque yo no logro entender lo que está intentando explicarme.

—De nada sirve quedarme aquí utilizando palabras que nada quieren decir. Experimenta. Es hora de que *tú* salgas de aquí. A reconquistar tu reino, que ahora está corrompido por la rutina. Deja de repetir siempre la misma lección, no es eso lo que hará que aprendas algo nuevo.

—No se trata de rutina. Soy infeliz.

—El nombre de eso es rutina. Crees que existe porque eres infeliz. Otras personas existen en función de sus problemas y viven hablando compulsivamente sobre ellos: problemas con los hijos, maridos, escuela, trabajo, amigos. No se detienen a pensar: yo es-

toy aquí. Soy el resultado de todo lo que sucedió y sucederá, pero estoy aquí. Si hice algo equivocado, puedo corregirlo o por lo menos pedir perdón. Si hice algo correcto, eso me hace más feliz y conectado con el ahora.

J. respiró hondo antes de concluir:

—Tú ya no estás aquí. Es hora de salir para volver de nuevo al presente.

* * *

Era lo que yo temía. Hacía algún tiempo él venía dándome a entender que había llegado la hora de dedicarme al tercer camino sagrado. Sin embargo, mi vida cambió mucho desde el lejano año de 1986, cuando la peregrinación a Santiago de Compostela me llevó a afrontar mi propio destino, o el “proyecto de Dios”. Tres años más tarde, seguí el Camino de Roma, en la región donde estábamos ahora, un proceso doloroso, tedioso, que me obligó a pasar 70 días haciendo a la mañana siguiente todos los absurdos que soñara la noche anterior (recuerdo que me quedé cuatro horas en una parada de camiones, sin que ocurriera nada importante).

Desde entonces había obedecido con disciplina todo lo que mi trabajo me exigía que hiciese. A final de cuentas era mi elección y mi bendición. O sea, viajé como un loco. Las grandes lecciones que aprendí fueron justamente aquellas que los viajes me enseñaron.

Mejor dicho, siempre viajé como un loco, desde joven. Pero, recientemente, parecía estar viviendo en hoteles y aeropuertos, y el sentido de aventura estaba dando paso a un profundo tedio. Cuando protestaba que no lograba quedarme mucho tiempo en un solo lugar, las personas decían espantadas: “¡Pero si viajar es muy bueno! ¡Lástima que yo no tengo dinero para eso!”

Viajar nunca es una cuestión de dinero, sino de coraje. Pasé gran parte de mi vida recorriendo el mundo como hippie: ¿qué

dinero tenía entonces? Ninguno. Mal daba para pagar el pasaje, e incluso así creo que fueron algunos de los mejores años de mi juventud: comiendo mal, durmiendo en estaciones de tren, incapaz de comunicarme a causa del idioma, obligado a depender de otros hasta para encontrar un refugio dónde pasar la noche.

Después de mucho tiempo en la carretera, escuchando una lengua que no entiendes, usando un dinero cuyo valor no conoces, caminando por calles por donde nunca antes pasaste, descubres que tu antiguo Yo, con todo lo que aprendió, es absolutamente inútil ante esos nuevos desafíos, y comienzas a percibir que, enterrado en lo profundo de tu inconsciente, existe alguien mucho más interesante, aventurero, abierto al mundo y a nuevas experiencias.

Pero llega un día en que dices: “¡Basta!”

—¡Basta! Viajar para mí se convirtió en una rutina monótona.

—No, no basta. Nunca va a bastar —insiste J.—. Nuestra vida es un viaje constante, del nacimiento a la muerte. Cambia el paisaje, cambian las personas, las necesidades se transforman, pero el tren sigue adelante. La vida es el tren, no la estación del tren. Y lo que has hecho hasta ahora no es viajar, sino sólo cambiar de países, lo que es completamente diferente.

Negué con la cabeza.

—Eso no me ayuda. Si necesito corregir un error que cometí en otra vida, y estoy profundamente consciente de ese error, puedo hacer eso aquí mismo. En aquel calabozo yo sólo obedecía órdenes de alguien que parecía conocer los designios de Dios: tú.

”Además, ya encontré cuando menos a cuatro personas a quienes les pedí perdón.”

—Pero no descubriste la maldición que fue lanzada.

—Tú también fuiste maldecido en la misma época. ¿Y la descubriste?

—Descubrí la mía. Y puedo garantizarte que fue mucho más dura que la tuya. Tú fuiste cobarde una vez, mientras que yo fui injusto muchas veces. Pero eso me liberó.

—Si necesito viajar en el tiempo, ¿por qué es necesario viajar en el espacio?

J. rió:

—Porque todos tenemos siempre una posibilidad de redención, pero para eso debemos encontrar a las personas a quienes hicimos daño y pedirles perdón.

—¿Y adónde voy? ¿A Jerusalén?

—No lo sé. A donde te comprometas a ir. Descubre lo que dejaste incompleto y termina la obra. Dios te guiará, porque en el aquí y ahora está todo lo que viviste, y lo que vivirás. El mundo está siendo creado y destruido en este momento. A quien encontraste, volverá a aparecer; a quien dejaste partir, habrá de regresar. No traiciones las gracias que te fueron concedidas. Entiende lo que pasa contigo, y sabrás lo que pasa con todo el mundo.

”No pienses que vine a traerte la paz. Vine a traerte la espada.”

* * *

La lluvia me hace temblar de frío, y mi primer pensamiento es: “Voy a estar agripado”. Me consuelo pensando que todos los médicos que conocí dicen que la gripe es provocada por virus, no por gotas de agua.

No logro estar aquí y ahora; mi cabeza es un completo remolino: ¿adónde debo llegar? ¿Dónde debo ir? ¿Y si fuera incapaz de reconocer a las personas en mi camino? Eso seguramente ya pasó otras veces, y volverá a suceder; de lo contrario, mi alma ya estaría en paz.

Con 59 años de estar conviviendo conmigo mismo, conozco algunas de mis reacciones. Al comienzo de nuestra relación, la pa-

labra de J. parecía inspirada por una luz mucho más fuerte que él. Yo aceptaba todo sin preguntar una segunda vez, seguía adelante sin miedo y jamás me arrepentí por haberlo hecho. Pero el tiempo fue pasando, la convivencia aumentó y, con ella, vino el hábito. Aun cuando jamás me haya decepcionado, ya no puedo verlo de la misma forma. Aun cuando por obligación aceptada voluntariamente en septiembre de 1992, diez años después de que lo conocí, tuviese que obedecer lo que me decía, ya no lo hacía con la misma convicción de antes.

Estoy equivocado. Si elegí seguir esa Tradición mágica, no debería tener ese tipo de cuestionamientos ahora. Soy libre de abandonarla cuando quiera, pero algo me empuja hacia el frente. Con toda seguridad, él tiene razón; sin embargo, yo me conformé con la vida que llevo y no necesito más retos. Sólo paz.

Debería ser un hombre feliz: tengo éxito en mi profesión, una de las más difíciles del mundo; estoy casado hace 27 años con la mujer que amo; gozo de buena salud; vivo rodeado de gente en la que puedo confiar; siempre recibo el cariño de mis lectores cuando los encuentro en la calle. Hubo un momento en que eso bastaba, pero en estos dos últimos años nada parece satisfacerme.

¿Se tratará sólo de un conflicto pasajero? ¿No basta con hacer las oraciones de siempre, respetar a la naturaleza como la voz de Dios y contemplar todo lo bello que hay a mi alrededor? ¿Para qué desear ir más hacia delante, si estoy convencido de que he llegado a mi límite?

¿POR QUÉ NO PUEDO SER COMO MIS AMIGOS?

La lluvia cae cada vez más fuerte, y no escucho nada además del barullo del agua. Estoy hecho una sopa y no me puedo mover. No quiero salir de aquí porque no sé adónde ir, estoy perdido. J. tiene razón: si realmente hubiese llegado al límite, esta sensación de culpa y frustración ya habría pasado. Pero continúa. Te-

mor y temblor. Cuando la insatisfacción no desaparece, entonces fue puesta ahí por Dios con una sola razón: es necesario cambiar todo, caminar hacia delante.

Ya viví eso antes. Cuando me rehusaba a seguir mi destino, algo mucho más difícil de soportar acontecía en mi vida. Y es ése mi más grande temor en este momento: la tragedia. La tragedia es un cambio radical en nuestras vidas, siempre ligada al mismo principio: la pérdida. Cuando estamos ante una pérdida, de nada sirve intentar recuperar lo que se fue, es mejor aprovechar el gran espacio abierto y llenarlo con algo nuevo. Teóricamente, toda pérdida es para nuestro bien; en la práctica, es cuando cuestionamos la existencia de Dios y nos preguntamos: ¿merezco esto?

Señor, ahórrame la tragedia, y yo seguiré Tus designios.

Cuando acabo de pensar en eso, un trueno explota a mi lado y el cielo se ilumina con la luz del rayo.

Temor y temblor de nuevo. Una señal. Yo aquí tratando de vencerme de que doy siempre lo mejor de mí, y la naturaleza diciéndome exactamente lo opuesto: quien realmente está comprometido con la vida jamás deja de caminar. En este momento, el cielo y la tierra se enfrentan en una tempestad que, cuando pase, dejará el aire más puro y el campo fértil, pero también habrá casas derrumbadas, árboles centenarios derribados, lugares paradisiacos inundados.

Un bulto amarillo se aproxima.

Me entrego a la lluvia. Más rayos están cayendo, mientras que la sensación de desamparo va siendo sustituida por algo positivo, como si mi alma estuviese siendo lavada con el agua del perdón.

“Bendice y serás bendecido.”

Las palabras salen naturalmente de mi interior, la sabiduría que desconozco tener, que sé que no me pertenece, pero que a veces se manifiesta y no me deja dudar de todo lo que aprendí durante todos estos años.

Mi gran problema es éste: a pesar de estos momentos, sigo dudando.

El bulto amarillo está frente a mí. Es mi mujer, con una de las capas de colores chillantes que usamos cuando vamos a pasear por lugares de difícil acceso en las montañas; si nos perdemos, será más fácil localizarnos.

—Te olvidaste que tenemos una cena.

No, no me olvidé. Salgo de la metafísica universal donde los truenos son las voces de los dioses y vuelvo a la realidad de la ciudad provinciana, el buen vino, el carnero asado, la conversación alegre con amigos que nos contarán sus aventuras en un reciente viaje que hicieron en una Harley Davidson. De regreso a casa para cambiarme de ropa, resumo en pocas frases la conversación que tuve con J. aquella tarde.

—¿Y te dijo dónde debes ir? —pregunta mi mujer.

—“Comprométete”, me dijo.

—¿Y eso es difícil? No seas tan testarudo. Estás pareciendo más viejo de lo que ya eres.

Hervé y Veronique tienen otros dos invitados, una pareja de franceses de mediana edad. Me presentan a uno de ellos como un “vidente” que conocieron en Marruecos.

El hombre no parece ni muy simpático y ni muy antipático, sólo ausente. Sin embargo, a media cena, como si hubiese entrado en una especie de trance, le dice a Veronique:

—Cuidado con el auto. Vas a sufrir un accidente.

Pienso que eso es de pésimo gusto porque, si Veronique se lo toma en serio, el miedo terminará atrayendo energía negativa y las cosas podrían realmente ocurrir como fue predicho.

—¡Qué interesante! —digo, antes de que alguien pueda reaccionar—. No dudo que sea capaz de caminar en el tiempo, en dirección al pasado o al futuro. Justamente hablaba de eso con un amigo esta tarde.

—Puedo ver. Cuando Dios lo permite, puedo ver. Sé quién fue, quién es y quién será cada una de las personas que están sentadas a esta mesa. No entiendo mi don, pero lo acepté hace tiempo.

La conversación, que debería versar sobre el viaje a Sicilia con amigos que comparten nuestra pasión por las clásicas Harley Davidson, de repente parece peligrosamente cercana a cosas que no quiero escuchar ahora. Sincronía absoluta.

Y mi turno de hablar.

—Usted también sabe que Dios sólo nos permite divisar eso cuando desea que algo sea cambiado.

Me volteo hacia Veronique y le digo:

—No te preocupes. Cuando algo en el plano astral es colocado en este plano, pierde gran parte de su fuerza. O sea, tengo la seguridad de que eso no sucederá.

Veronique ofrece más vino a todos. Ella piensa que el vidente de Marruecos y yo hemos entrado en una ruta de colisión. No es

verdad; ese hombre realmente “ve”, y eso me asusta. Después hablaré con Hervé sobre ese asunto.

El hombre apenas me mira, continúa con el aire ausente de quien entró en una dimensión sin pedirlo, pero que ahora tiene el deber de comunicar lo que está sintiendo. Quiere contarme algo, pero prefiere dirigirse a mi mujer:

—El alma de Turquía entregará a su marido todo el amor que ella posee. Pero derramará la sangre de él antes de revelar lo que busca.

Otra señal que confirma que no debo viajar ahora, pienso, sabiendo que procuramos interpretar todas las cosas de acuerdo con lo que queremos, y no como realmente son.

